

Extranjero, raza y simulación en el pensamiento de José Ingenieros¹

Recepción: 20 de octubre de 2005 | Aprobación: 16 de enero de 2006

Graciela Ferrás*

liliangaia@ciudad.com.ar

Resumen El presente artículo analiza la figura del extranjero en la Argentina del Centenario, a partir de la obra de José Ingenieros, él mismo inmigrante. Exhibe la problemática de la extranjería en la conformación de la nacionalidad y del Estado. Atraviesa las vetas contradictorias del discurso positivista en la Argentina y de la capacidad de sus intelectuales de hablar desde la Institución. Los distintos periodos del pensamiento de Ingenieros entre 1897 y 1915, sirven de base para analizar la figura del extranjero como fuerza de trabajo en torno a la cuestión social, así como las estrategias de inclusión y exclusión hacia el inmigrante a partir de la simulación como metáfora alienista central, y el “expurgo racial” a partir de la idea de superioridad de la raza blanca.

Palabras clave

Extranjero, inclusión, exclusión, cuestión social, simulación, raza, Estado.

Étranger, race et simulation chez José Ingenieros

Résumé Le présent article porte la figure de l'étranger dans l'Argentine du Centenaire, chez José Ingenieros, lui-même étranger. On présente ici le problème de l'«étrangeté» dans la configuration de la nationalité et de l'État. Le travail traverse les chemins contradictoires du discours positiviste en Argentine et ceux de la capacité de ses intellectuels pour parler depuis l'Institution. On tient compte des différentes étapes de la pensée de Ingenieros dès 1897 à 1915, pour analyser la figure de l'étranger comme force de travail autour de la question sociale; les stratégies d'inclusion et d'exclusion à partir de la simulation en tant que métaphore aliéniste centrale; et l'«expurge raciste» à propos de la supériorité de la race blanche.

Mots clé

Étranger, inclusion, exclusion, question sociale, simulation, race, État.

¹ Este artículo es producto de la Tesis de Maestría en Ciencias Sociales en FLACSO, en el marco de la Investigación *Ciudadanía y Nación: Las Fronteras Interiores* (2001-2003), con el apoyo de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

* Licenciada en Ciencias Políticas, Universidad de Buenos Aires; Magister en Ciencias Sociales, FLACSO. Becaria doctoral de la Universidad de Buenos Aires. En co-tutela de tesis doctoral en Filosofía con la Universidad de Paris VIII. Docente de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

I. Itinerarios del autor y su obra

José Ingenieros (1877–1925) nació en Palermo, Italia. Su arribo a las costas sudamericanas se debe a su padre, Salvador Ingenieros, un culto profesor y periodista italiano vinculado a la Primera Internacional, que se vio en la necesidad de emigrar de su país por causas políticas. Sus años de juventud, quizás influenciado por la tradición intelectual paterna, los dedica al movimiento socialista. Escribe como colaborador en la publicación socialista *La Vanguardia* y, en 1897, dirige con Leopoldo Lugones el periódico socialista revolucionario *La Montaña*. A partir de 1898–1899 se inclina por una “sociología científica” que lo aleja de sus vetas revolucionarias, a favor de un reformismo social. Hacia 1899 abandona el Partido Socialista y tres años más tarde renuncia a su afiliación. En esa época Ingenieros conoce a José María Ramos Mejía, quien fuera Presidente del Departamento Nacional de Higiene entre 1893 y 1899, y el apreciado maestro que tuvo el acierto de adivinar su vocación por la psiquiatría, la sociología y los asuntos nacionales.

En 1900 Ingenieros ejerce como jefe de clínica en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires y presenta en forma de capítulos, en las revistas *La Semana Médica* y *Archivos de Psiquiatría*, el ensayo “La simulación en la lucha por la vida”, introducción de su tesis para la Facultad de Medicina: “Simulación de la locura”. Desde 1907 dirige el Instituto de Criminología. En *Positivismo y nación*, señala Oscar Terán que hasta 1911 Ingenieros desarrolló escritos destinados a fundamentar desde los registros de la sicopatología, la criminología, la sociología y la filosofía, “las vinculaciones entre la teoría y la política que resultaban congruentes con las relaciones para él deseables entre los intelectuales y el Estado” (Terán, 1987, p. 53).

Sin embargo, según cuenta un coetáneo de Ingenieros, Manuel Gálvez, éste era un lúdico “de versos eróticos y aun pornográficos que él publicaba como casos de psiquiatría, como obras de un demente precoz” (Gálvez, 1944, p. 147), que quiso ser un literato y no un médico alienista y sociólogo. Sea como sea, literato y *fumista* u hombre de ciencias, para 1911 Ingenieros rompe su vínculo con el oficialismo, debido a una impugnación que le impidió ocupar la cátedra de Medicina legal en la Universidad de Buenos Aires. En 1913 escribe contra la “mediocracia” que le negó su cátedra de Medicina, *El Hombre Mediocre*, donde expone con aguda belleza literaria su teoría de la “aristocracia del mérito”. Hacia 1917, el impacto de la revolución rusa lo arroja nuevamente a la acción política, aunque sigue manteniendo su posición reformista.

Antiimperialista latinoamericano, en sus últimos años Ingenieros avizora cierta barbarie en la cultura europea y cree en la posibilidad de un pensamiento filosófico nacional que tuviera algo nuevo y autóctono; un “idealismo

mo experimental” desamparado de toda idea o modelo y anárquico a toda domesticación de su tiempo. La trayectoria de su pensamiento puede sintetizarse como una filosofía encaminada hacia las ciencias naturales, que tendía a cimentar una psicología fundada en la experiencia de los problemas del alma, del conocimiento y la moral.

II. Revolución y “cuestión social”

La ley que mantiene siempre la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la intensidad de la acumulación mantiene al obrero encadenado al capital con grilletes más firmes que las cuñas de Vulcano con que Prometeo fue clavado a la roca. Esta ley determina una acumulación de miseria equivalente a la acumulación de capital. Por eso, lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase que crea su propio producto como capital, acumulación de miseria, de tormentos, de trabajo, de esclavitud, de despotismo y de ignorancia y degradación moral.
Karl Marx, *El capital*

El análisis de la transformación social, económica y política de la Argentina durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, debe mirarse bajo la lupa de los proyectos trazados por Sarmiento y Alberdi, ya que, más allá de sus divergencias, ambos coincidían a la hora de evaluar cuáles eran los principales males que aquejaban al país: la extensión y la barbarie. Esta imagen territorial marcó a modo de estigma el fundamento de la mitología cultural posterior a Caseros, a partir de la dicotomía “civilización y barbarie”. La fuente del mal era la población indígena y mestiza del interior del país, mientras que el extranjero representaba el ser civilizado, “el otro cultural” capaz de exorcizar la barbarie interna. La concepción del extranjero como “ciudadano ideal” y “portador de progreso”, quedó plasmada en la Constitución Nacional de 1853, que hace del extranjero un “hijo” privilegiado de esta tierra, considerado como portador de una espiritual “civilidad”. La realidad de una tierra próspera pero despoblada, planteaba la urgencia de generar mecanismos que hicieran posible un crecimiento socio-económico que, en un principio, era prometedor. Las políticas de atracción del extranjero jugaron un rol preferencial en este proceso, provocando un desplazamiento del ciudadano ideal al trabajador inmigrante, proceso de transformación que la tradición historiográfica ha convenido en llamar “de la República posible a la República verdadera” (Botana y Gallo, 1997). Este proceso trajo aparejada la afluencia masiva de inmigrantes, sobre todo españoles e italianos, dando lugar, por un lado, a la emergencia de organizaciones sindicales y políticas que reclamaban los derechos sociales del trabajador y, por otro lado, al ascenso social del inmigrante que reclamaba su lugar en la elite intelectual (claro que este estado de la cuestión sólo se sostiene mi-

rando al país desde los centros urbanos). En las últimas décadas del siglo XIX, comenzaron a percibirse las primeras reacciones a las consecuencias “no deseadas” de la inmigración. El propio Sarmiento, promotor de la inmigración, en 1882 critica la actitud de los extranjeros que se niegan a nacionalizarse y la afluencia de inmigrantes iletrados y sin hábitos para la democracia (Sarmiento, 1928)².

Hacia 1897 José Ingenieros dirige, con Leopoldo Lugones, el periódico socialista revolucionario *La Montaña*, en el que convergen voces intelectuales extranjeras y argentinas que denuncian la acumulación de la miseria. El extranjero, junto con los marginales que provenían de las provincias argentinas, conformaba “La Legión de descamisados” que describe Guy Cendré en un artículo para el periódico *La Montaña*:

Casi siempre [provenían] de pequeñas ciudades provinciales que han abandonado seducidos por el brillo de la gran ciudad; de las miserias europeas que dejaron por la América de los sueños de oro, para venir a romperse miserablemente los huesos contra las piedras de sus calles. Y son también obreros reemplazados en el taller por la máquina: la huelga forzosa, los ha arrojado a la calle, reduciéndolos a vagar, sumergiéndolos en tal postración, en tal miseria [...] Desde ese instante están fuera de la vida común, fuera de la Humanidad (Guay Cendré, 1998, p. 71).

Si bien la cuestión social era un problema acuciante de toda la sociedad que mostraba una fisura al interior del sistema capitalista, la situación se redujo –en términos políticos– a un problema con el extranjero, que era asociado con la presencia del anarquismo. El inmigrante, a partir de la figura anarquista, era conjurado al destierro, fuera de la comunidad y sin derechos de pertenencia por parte de la elite política. El comentario de Guy Cendré resulta más que ilustrativo al respecto: esa “legión de descamisados” estaba fuera de la Humanidad, pero no sólo por su condición de miseria, como planteara el autor, sino también porque el discurso jurídico a propósito del anarquismo y la cuestión social, iba a interrogarse por la condición humana del extranjero, poniéndola en tela de juicio. En 1902, durante el debate parlamentario sobre la sanción de la ley de Residencia, señala el diputado Coronado:

² En este periodo, la emergencia de los movimientos políticos anarquistas y socialistas, la organización del movimiento obrero y la reticencia del extranjero a nacionalizarse, son claves para entender la “reacción defensiva” de los miembros de la elite política.

Quiero concluir con una frase de Sapey [...] que dice así: ‘¿Qué es un extranjero? Preguntad a un griego orgulloso y os dirá: Un bárbaro. Preguntad a un romano conquistador y os dirá: un enemigo. Preguntad a un cristiano y os dirá: un hermano’. Señores diputados: el congreso de mi país debe decir qué es para nosotros un extranjero: ¿si un bárbaro, un enemigo o un hermano! (Diario de sesiones, 1904, p. 650).

Las leyes anti-inmigratorias invocan la fuerza del poder de policía del Estado como medidas represivas ante la ideología anarquista, al mismo tiempo que el extranjero pasa a ser un bárbaro, es decir, lo contrario de ser el portador de la “civilización”, traicionando, de esta manera, los principios constitucionales. Bajo el yugo de las leyes, la figura del extranjero representa aquel inmigrante que “no ha nacido” para vivir en sociedad. Lo paradójico es que al mismo tiempo que puede pensarse en la elite dominante, un discurso “autoreferencial” en el cual sólo “se dice” a sí misma porque en sus cabezas la plebe “no habla”, por otro lado, la perturbación en el campo de lo sensible generado por el conflicto social, lleva a la elite a una interrogación por “lo otro”, que no es más que una interrogación por ella misma: ¿Qué y quién es el inmigrante? ¿Un bárbaro, un enemigo, un hermano? Dicho de otro modo, el extranjero ¿es un ser incivilizado, un “otro” político o un semejante? En cierto sentido, estas interrogaciones dan cuenta de la pregunta por el “nosotros” que constituye la nación y sus propias condiciones de existencia sociales y políticas.

De la misma manera que la “cuestión social” lleva a la reacción de la elite política a principios del siglo XX, sancionando las leyes represivas de la inmigración, a fines del siglo XIX los círculos de izquierda realizan una crítica severa a un régimen político que niega los derechos sociales y políticos a los sectores mayoritarios. Dice Ingenieros en 1897: “Nosotros que vemos y sufrimos los efectos de la república y la democracia, nos avergonzaríamos de que se nos creyese partidarios de ambas; y por eso declaramos en voz alta y con buena entonación que no somos demócratas, ni somos republicanos” (*La Montaña*, 1998, p. 33). En su columna “Reptiles burgueses”, Ingenieros declara sin empacho que preferiría ser opri-

³ Rosas gobernó la República Argentina a mediados del siglo XIX. La cultura posterior a Caseros lo inmólo como el representante de la tiranía y la barbarie.

mido y explotado por un tirano de talento, como Don Juan Manuel de Rosas³, que por una legión de reptiles burgueses que expresaban la idiosincrasia de una clase en franca degeneración, desprovista de talento y de valores morales. En la época de *La Montaña*, para el autor son definitorias de la conducta ética las categorías del productivismo y del trabajo (Terán, 1986), así como la falta de hábitos de trabajo produce una degradación por “carencia de moralidad”. En este sentido, la burguesía y sus prácticas parlamentarias representaban un “parasitismo degenerativo”. Ingenieros advierte sobre los proyectos de ley anti-inmigratorias⁴ que circulaban en el Congreso y, a propósito de los mismos, llama a la moral burguesa “Verbo de los sicofantes de la ética”, que votan la prohibición de la entrada al país de personas inmorales y paga por una virginidad impúber (*La Montaña*, 1998, p. 122).

Ahora bien, en los escritos de 1897 también puede hallarse en Ingenieros el desdén a las multitudes iletradas, pues sostiene que la ignorancia es un impedimento al saber revolucionario. Con motivo del 1° de mayo, Ingenieros escribe un artículo que se titula “Retrospección”, a propósito de la lucha del proletariado que tiene medio siglo de vida. En dicho artículo conjuga la rememoración de la Comuna de París: “Hoy es 12 Brumario del año 26”, con la idea de retrospección, en tanto que impulso con el cual las luchas de ayer despiertan el deseo y la necesidad de su repetición “en los espíritus elevados”. Se percibe, entonces, que las condiciones de posibilidad de la revolución están ligadas a una concepción gnoseológica. Hacia 1900 Ingenieros adscribe claramente a un “socialismo reformista” y considera que las ideas innovadoras son de un pequeño grupo de hombres ilustrados y activos. Así, en un comentario a Max Nordau, en *La Vanguardia* del 1° de mayo de 1902, comparte el criterio del revolucionario ruso Pierre Lavroff:

En su teoría atribuye toda la evolución histórica a una pequeña minoría de ‘intelectuales’, es decir, de individuos capaces de desenvolverse mentalmente y de sentir la necesidad de ese desenvolvimiento. Es esa minoría la que realiza el progreso contra la inercia o los desvaríos de la multitud rutinaria o enfurecida. La masa inculta es tan funesta al progreso cuando es reaccionaria como cuando magnifica ideales que halagan

⁴ A partir de 1902 se discute en el Honorable Congreso de la Nación Argentina el proyecto de ley de Residencia, presentado años atrás por Miguel Cané y sancionado en 1904. El escritor y entonces senador Cané, que recientemente había vuelto de Europa, definía las huelgas como “crímenes que han producido horror en la humanidad entera”. Miguel Cané enuncia la problemática del extranjero en términos de amigo-enemigo, proclamándose amigo del trabajador y enemigo de “aquel que viene a inculcarles doctrinas de odio y a ponerle en el corazón el veneno [...] Contra esos [extranjeros] quienes va esa ley, y por eso quiero armar al poder ejecutivo de la manera que están armados todos los ejecutivos del mundo civilizado: de los poderes necesarios para arrancar de raíz y al nacer esa planta, y evitar que venga a infectar nuestro suelo” (*Diario de sesiones*, 1902, p. 666). En ese momento la idea de nacionalización se amalgama con la de ciudadanía, definida ésta en términos políticos.

sus sentimientos. Su entusiasmo no es robustez mental, sino hipertrofia degenerativa; no es músculo vigoroso para la acción, sino tumor de grasa que dificulta el movimiento (Ingenieros, 1957, p. 158).

Sin embargo, su mirada crítica al tratamiento de la clase dirigente sobre la cuestión social seguirá estando presente. En 1906 Ingenieros, si bien coincide con el espíritu general del proyecto de Ley Nacional de Trabajo (1904) de Joaquín V. González⁵, realiza una sesuda crítica al mismo por la inclusión subrepticia de la ley de Residencia (ley 4144) en el Título II “De los extranjeros”. No es que considere insensato el carácter profiláctico para el tratamiento de las corrientes inmigratorias, pero piensa que la Ley de Residencia, en tanto represiva del anarquismo, en la práctica ha sido inútil y ha atentado contra algunas garantías constitucionales. Además, considera que el Título XII del proyecto de Ley de Trabajo, referido a las asociaciones obreras, es oscuro, coactivo de la organización obrera independiente y concebido contra el movimiento anarquista. Para concluir:

La clase gobernante de la República argentina debiera comprender que la mejor medida contra el anarquismo consiste en educar a la clase obrera y mejorar sus condiciones de vida: vivir bien equivale a pensar bien. La verdadera ley contra el anarquismo sería cualquier ley contra la ignorancia y la miseria; acaso esta misma ley de trabajo, despojada de su Título XII (Ingenieros, 1957, p. 186).

III. Simuladores, timadores y locos

En el día de hoy, cabalmente, la solución de la cuestión social depende de la orientación sociológica y de las leyes que la nueva ciencia pueda formular á la deseada organización social, en la cual todos los miembros se muevan en equilibrio satisfactorio.

Ernesto Quesada

Felices los hombres que pueden preocuparse de ser y olvidarse de parecer.

José Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida*

Con la cuestión social se enuncia el enigma de la discordancia entre sentimientos reales y discurso visible, situación propiamente política que introduce una an-

⁵ Participaron en la redacción del proyecto: Manuel Ugarte, Enrique del Valle Iberlucea, Augusto Bunge, Biale Massé, Storni y Leopoldo Lugones.

tropología del poder. En este nuevo escenario, la sociología se instaure como una “ciencia del orden” que provee las herramientas para la gobernabilidad de la comunidad social y política. Los fenómenos mórbidos ligados a la acumulación de miseria y degradación social del sistema capitalista, se entrelazan con formas de degeneración moral y de delito, por lo cual podían ser cognoscibles y, por tanto, tratados “terapéuticamente”. En el universo discursivo “evolucionista, positivista y darwiniano”, la nueva temática de Ingenieros será la detección de las formaciones patológicas en la vida individual y colectiva. La mirada sociológica de Ingenieros, a partir de la metáfora de la simulación, propone, en cierto sentido, una biología de control que vuelve distinguibles simuladores, timadores y locos. La discordancia entre sentimientos reales y discurso visible, representa una antinomia constitutiva de distintas lógicas políticas de la modernidad: sea para entender la política como arte de la simulación o sea, desde un discurso alienista, para asumir dicha tensión e intentar una regulación de la misma. En Ingenieros pueden encontrarse ambas cosas: la intención de fundar la legitimidad del poder desde el conocimiento, o bien, resistirse al mismo desde una lúdica *fumista*. La figura del extranjero en el pensamiento de Ingenieros, puede interpretarse a partir de esta ambivalencia que alberga su teoría de la simulación.

Ingenieros sostendrá que la simulación es un signo inequívoco de evolución, un paso de las formas violentas de la lucha por la vida a las formas pacíficas y fraudulentas. Encontramos un antecedente de su teoría de la simulación en un artículo de 1897, que aparece publicado en la revista *La Montaña*; allí Ingenieros establece una significativa diferenciación entre la imitación y la falsificación:

La bondad o superioridad de ciertas condiciones, aptitudes o cosas, está evidenciada por la costumbre hereditaria de imitarlas y por la moderna de falsificarlas. La una no perjudica al imitado; en muchos casos –y la selección natural lo demuestra– la imitación (Omocromia, Mimetismo, etc.) es condición esencial del triunfo en la lucha por la vida. Y Tarde llega hasta creer que la combinación –consciente o inconsciente– de imitaciones es el móvil que determina las modalidades de toda la vida humana. La falsificación, en cuya génesis tiene participación el ambiente del momento histórico en que se produce, se caracteriza por la conciencia del perjuicio al falsificado en beneficio propio (Ingenieros, 1998, pp. 161–163).

En *La simulación en la lucha por la vida*, Ingenieros universaliza la simulación: en sociedades evolucionadas todos los hombres son más o menos simuladores. Esto quiere decir que: cuanto más pacífica y evolucionada es una sociedad, mayor será la utilización del engaño como medio en la lucha por la existencia. Pero no todos los hombres necesitan del engaño como medio habitual para vivir en una sociedad o ser aceptados en ella: “sólo en algunos la simulación es el medio habitual y preferente en la lucha por la vida” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 56). Ingenieros refiere que a mayor debili-

dad en la lucha por la existencia, mayor es el recurso de las formas fraudulentas, es decir, de la simulación. Por lo tanto, aquellos que adoptan la simulación como medio habitual son los inferiores. Mientras que sólo los individuos superiores “pueden imponer su personalidad al ambiente sin someterse a simular para adaptarse” (1956, SLV, p. 64). A su vez, cuanto mayor es la degradación moral de una sociedad, más desarrolladas están las formas de mentira, engaño, hipocresía y ficción. En una primera aproximación, por un lado, a sociedades más evolucionadas o complejas, mayor es la simulación porque se pasa de la ley del más fuerte a la lucha por medios pacíficos y astutos o psicológicos; pero, por otro lado, la simulación implica falta de autenticidad y mentira o fraude y, en términos morales, esto implica una carencia o debilidad, ya que simular una aptitud es carecer de ella y engañar al prójimo. Por lo tanto, una sociedad en la cual la mayoría de sus miembros simulan como recurso preferente en la lucha por la vida, es una sociedad en decadencia y se podría decir que sus miembros son “inferiores”. Dentro de los inferiores están aquellos que no logran adaptarse al medio social, como los simuladores patológicos, y aquellos que se adaptan “excesivamente”, es decir, para quienes la simulación es un medio habitual de vida.

Desde una perspectiva sociológica, el medio social condiciona y/o establece mecanismos de inclusión y exclusión más o menos proclives a la simulación. Por tanto, se establece una interacción entre las inclinaciones naturales o de carácter de cada individuo y las propias reglas morales e institucionales de la sociedad. Esta interacción es clave para interpretar la teoría de la simulación de Ingenieros: “La lucha, en la vida social, desenvuélvese en condiciones sociológicas que la diferencian de la lucha por la vida puramente biológica” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 72). Desde las inclinaciones naturales, como se mostrará más adelante, Ingenieros concibe una tipología de orden piramidal interna a la propia lógica simulatoria. Desde las reglas sociales, analiza, particularmente, la simulación de la locura y su relación con el delincuente, como forma de evadir la pena o responsabilidad del delito. El pensador establece una relación directa entre los mecanismos de inserción y exclusión social, y la propagación de la simulación como medio habitual de vida. Dicho de otro modo, el significado del concepto “locura” se desprende de los dispositivos sociales:

Cerrando este paréntesis sólo nos queda llegar a una conclusión: debe entenderse por ‘locura’ una anormalidad psíquica tal que hace al individuo inadaptable para vivir en su medio social. Este *concepto social de la locura* gana terreno entre los alienistas y se comprueba observando la vida social misma. Un anarquista dinamitero es un loco peligroso para el ambiente burgués en que vivimos y un mártir en el ambiente especial de la secta anárquica que comparte sus ideas (Ingenieros, 1956, SL, p. 83).

Aquí, la teoría de la simulación de Ingenieros, puede interpretarse como un dispositivo de control institucional. En su libro *José Ingenieros: pensar la*

nación, Oscar Terán considera que la argumentación científico–patológica de Ingenieros, trama una exclusión de las mayoritarias multitudes, de las cuales la inmigración es un elemento constitutivo central. Así, se pondría a la cabeza de una argumentación que acompaña los trabajos de Josefina Ludmer (1999)⁶ y Jorge Saléssi (1996)⁷, quienes encuentran en la metáfora de la simulación de Ingenieros una “estrategia de exclusión” del inmigrante. Según Oscar Terán, “si las tácticas simuladoras en la lucha por la vida aumentan en orden directamente proporcional al grado de evolución de las razas, la inmigración alberga la paradoja de que junto con el aporte de brazos productivos y de cultura blanca y europea incluye en sus intersticios el fantasma de la simulación” (Terán, 1986, p. 48). En general, se ha llegado a estas conclusiones comparando, en un mismo nivel de análisis, la lectura de la superioridad de la raza blanca como elemento de modernización y evolución social con la simulación de la locura.

En principio, la simulación aparece como un rasgo psicológico más, que puede ser predominante o secundario en la constitución del carácter, y que no es otra cosa que el “instrumento psicológico de la conducta” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 65). Ingenieros analiza los distintos elementos del carácter en la formación de la personalidad. Para ello partirá de la teoría platónica tripartita del alma, analizada por Foullié, tomando su principio rector: la psiquis humana está constituida por una parte racional (intelectual), una parte irascible (volitiva) y una parte concupiscible (sensitiva), y de acuerdo con el predominio de una de estas partes sobre las otras, se define el carácter. Luego, Ingenieros dividirá a los individuos en dos grandes ramas, según su interacción con el medio social: los que llama “hombres de carácter”, en los que predomina un carácter sobre los otros, es decir, con fisonomía propia, y los “hombres sin carácter”, aquellos en los cuales el predominio es totalmente ambiguo o amorfo. Estos son la masa anodina, el número abstracto, los amorfos, los filisteos; mientras que los “hombres de carácter” son aquellos que tienen las cualidades psicológicas necesarias para vencer la presión de la multitud: los *meneurs* de Le Bon, los animadores,

⁶ Para Josefina Ludmer “tanto Ingenieros como Ramos Mejía parten de la simulación y terminan en el delito y la locura”. Encuentra la simulación como “un objeto privilegiado porque es el lugar de una disputa sobre la representación y también de un debate político. Es una teoría de la representación y la resistencia. Aquí es donde Ramos Mejía e Ingenieros se diferencian”, al interior de una coalición político-cultural de las elites que, a pesar de todo, es excluyente para con el inmigrante en su visión del mundo a escala piramidal (Ludmer, 1999, p.123).

⁷Para Jorge Saléssi, “la combinación entre simulación como estrategia de integración al grupo y titeo como estrategia de exclusión del grupo se articuló con bastante claridad en la figura, la obra y la vida de Ingenieros [...]El dramaturgo [Laferrère] y el criminólogo [Ingenieros] se enseñaron con distintos excluidos. Si los gestos de Laferrère expresaban las ansiedades de la clase tradicional que se sentía desplazada por las nuevas clases en ascenso, los de Ingenieros demostraban una variante de las estrategias de inmigrantes que adoptaban la posición de ‘titeadorjefe’ y reproducían, ‘simulaban’ y exacerbaban la respuesta titeadota de la clase tradicional frente a los inmigrantes”. En estos términos, la fumistería es concebida por Saléssi como “estrategia de exclusión” de inmigrantes (Saléssi, 1995, pp. 115-148).

etc.⁸ Tanto el hombre de carácter como el que no lo tiene, simula:

Si, como venimos demostrando, la simulación sirve para adaptarse mejor a las condiciones del medio, fingiendo cualidades cuya utilidad para la lucha está probada y disimulando otras que son reconocidamente perniciosas, debe confirmarse esta verdad en los hombres sin carácter y en los hombres de carácter” (1956, SLV, p.75).

Si bien Ingenieros, paso seguido, va a clasificar a aquellos simuladores característicos, es decir, en los cuales la simulación es predominante, piensa el rasgo psicológico de la simulación como rasgo “identitario” del hombre moderno: todos más o menos simulan y la simulación se trasmite por herencia, desde una lógica evolucionista.

Ingenieros concibe dos grandes grupos de simuladores característicos: los simuladores *natos*, cuando la simulación es una característica congénita, y los simuladores *adquiridos*, cuando la simulación es una característica producida por el medio. Luego, en el afán de distinguir y aislar los distintos tipos de simuladores característicos, complicará la clasificación, al incorporar otros caracteres complementarios. Esta clasificación tiene como principio la diferenciación del uso o función social de la simulación, en tanto forma pasiva, activa o reactiva: a) Los *mesológicos*, simulan por adaptación al medio. Esta simulación es de carácter utilitario. Pueden ser astutos o serviles. Entre ellos se encuentran tanto los astutos que simulan la cultura intelectual como los serviles por elección: por ejemplo, los *meneurs* y los caudillos que, según Ingenieros, son “siempre esclavos de las muchedumbres que creen dirigir” (Ingenieros, 1956, SVL, p. 92). Estos simuladores se encuentran en los bajos fondos de la sociedad, lo mismo que en las clases altas; son exponentes del ambiente social. En ellos la simulación es un medio para obtener ventajas de otras índoles, son los *simuladores utilitaristas*; más tarde constituirán el grupo de los “mediocres”, que no son hombres sino sombras. b) Los *congénitos* simulan por temperamento, por una tendencia natural fruto de una “misteriosa” predisposición hereditaria (Ingenieros, 1956, SLV, p. 93). Pueden ser fumistas o refractarios. La simulación es el fin de su conducta. Entre ellos encontramos al esteta y al “hombre superior”

⁸ En general, los hombres de carácter suelen confundirse con los “hombres superiores”, pero mientras éstos pueden imponer su personalidad al ambiente, en el hombre de carácter predomina su fisonomía moral sobre la social, aunque no necesariamente se impone. Esto llevaría a que el “hombre superior” es aquel hombre de carácter con *finalidad social* que logra éxito, como la figura del simulador *fumista* en tanto *estrategia*. Desde la lectura de Ingenieros del pensamiento de F. Nietzsche —establece una analogía entre el fumista y Zarathustra—, también podría interpretarse el hombre superior o el fumista como un creador de “ficciones reguladoras” (Vaihinger, 1998). No obstante, es de tener en cuenta que el hombre superior nietzscheano vagamente podría interpretarse como simulador, porque se es simulador en referencia a una teoría de la verdad.

que, en un sentido nietzscheano, resisten al “espíritu gregario”. c) Los *patológicos*, aquellos que organizan su carácter sobre un terreno mórbido entre los valores adquiridos por el medio social y los valores congénitos. Pueden ser psicópatas o sugestionados. Estos, al igual que los simuladores natos, constituyen una minoría en el orden social, mientras que los simuladores mesológicos, es decir, aquellos para los cuales la simulación les es útil en la lucha por la vida, son una mayoría y conforman el prototipo de mejor adaptación al medio social. Nótese, sin embargo, que si bien el congénito puede interpretarse como un simulador característico nato, Ingenieros incluye la predisposición hereditaria, es decir, una tendencia “natural” que puede ser transmitida por herencia. Aquí, subrepticamente está presente la idea de que en las civilizaciones pacíficas, es decir, modernas, la simulación –en todos los casos– es del orden de la adquisición; al tiempo que borra la distinción de la que parte: simuladores natos y adquiridos. Quizás habría que leer que en nuestras sociedades (occidentales) la simulación está “naturalizada”: “si, como venimos demostrando, la simulación es un medio útil en la lucha, es lógico admitir el carácter hereditario de la aptitud para la simulación” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 82).

Es precisamente al interior de la clasificación de los simuladores patológicos, como tipos mixtos entre los congénitos y los mesológicos, que aparece la asociación entre simulación y delito, que hará de la simulación la metáfora central del discurso alienista de Ingenieros. Aquel que simula estados patológicos, utiliza la astucia del mesológico para evadir la pena y la responsabilidad social, por tanto, es un sujeto predisuesto al “fraude institucional”, síntoma de debilidad, exhibicionismo y mentira. La simulación de la locura es una característica de los mejor adaptados al sistema, ya que son quienes mejor pueden burlarlo y, a su vez, denota una pérdida del sentimiento de solidaridad social y una intensificación del egoísmo (Ingenieros, SL, p. 152) propio de los “alienados criminales”, y no de los “locos”.

En la escritura de Ingenieros, el “alienado criminal” se encuentra en la encrucijada de la psicología individual y la patología social; en los dominios de la locura y el delito. Este simulador, sin lugar a dudas, es un efecto de la cultura de una sociedad decadente. En *La simulación de la locura*, Ingenieros define el delito en términos biológicos, porque perjudica directa o indirectamente el ajeno derecho a la vida, y por la tendencia a la asociación de la especie, es decir, la evolución de las sociedades, el delito se transforma en fenómeno sociológico. En este sentido, el delito aparece en Ingenieros como un problema de responsabilidad moral, el hombre en las sociedades delinque motivado por una voluntad de realización de una lesión al prójimo. No se trata, entonces, de un problema sólo de la sociología, la psiquiatría y el poder de policía del Estado, sino de una condición moral de la sociedad. La simulación de la locura suele tener un aspecto más sintomático que

gnoseológico, ya que está íntimamente relacionada con una estrategia de adaptación al medio. El “alienado criminal”, en tanto que síntoma de degradación moral, se ubica entre el *Malade imaginaire* de Moliere y la explicación darwiniana de la simulación de un gusano bajo un copo de algodón (Ingenieros, SL, pp. 53–57); entre lo imaginario y lo real. Una existencia impregnada del discurso reflexivo–especulativo de la razón científica como dadora de sentido, pero cuyas herramientas resultan incompletas para dar cuenta de lo real de la lucha por la vida; por ello Ingenieros debe apelar a un recurso literario: el prototipo de simulador de la locura es el *Hamlet* de Shakespeare. En la existencia de esta legión de fronterizos y alienados entre los cuales el delito aparece como destino inexorable, se vuelve ineludible la misión de profilaxis de las ciencias. La necesidad de un diagnóstico diferencial entre los delincuentes simuladores y los alienados delincuentes, que, más que conectarse con el mundo del delito, para Ingenieros debiera pertenecer al universo discursivo de la defensa social:

Demostrado que la simulación de la locura por los delincuentes nace del criterio jurídico que aplica la pena según la responsabilidad o irresponsabilidad del sujeto, su profilaxia debe consistir en una reforma jurídica que convierta la simulación en nociva para el simulador. *Reemplazando el criterio de la responsabilidad del delincuente por la defensa social* proporcionada a su temibilidad, la simulación de la locura tórnase perjudicial para los simuladores, desapareciendo de la psicopatológica forense (Ingenieros, 1956, SL, p. 234, resaltado nuestro).

La simulación de la locura, en tanto forma “astuta” de escapar a la responsabilidad del delito, pone en crisis la idea de verdad social garantizada por el Estado, ya que el objetivo de esa tesis consistía en poner en evidencia las falencias institucionales y recomendar una reforma del sistema: uno de los problemas centrales que encuentra Ingenieros es la falta de criterio uniforme para apreciar la locura y la simulación (Ingenieros, SLV, 1956, p. 77). En general, los móviles más comunes de la simulación son la evasión del servicio militar y la explotación de la beneficencia (Ingenieros observa que debería desaparecer la miseria), y en la simulación de la locura, específicamente, el móvil más común es la irresponsabilidad de la pena. La simulación, en general, explota el sentimiento de solidaridad social, es decir, la piedad ante el dolor ajeno y, de esa manera, Ingenieros determina la simulación de estados patológicos “demostrando que la simulación de la locura por los delincuentes *nace del criterio jurídico* con que se aplica la pena” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 117). Una de las principales causas de falencia institucional es que el sistema expresa un sentimiento de sociabilidad ante el antisocial y, de cierta manera, “impulsa” al delincuente a simular locura para evadir el castigo. Sobre el tema de la piedad de la medicina con un enfermo incurable, comenta:

La función social de la medicina debería ser la defensa biológica de la especie humana, orientada con fines selectivos, tendiendo a la conservación de los caracteres superiores de la especie y a la extinción agradable de los incurables y los degenerados; se evitaría con ello el desperdicio de fuerzas requerido por el parasitismo social de los inferiores, alejando, a la vez, la posible transmisión hereditaria de caracteres inútiles o perjudiciales para la evolución de la especie (Ingenieros, 1956, SLV, p. 106, cursiva en el original).

En la inclinación de Ingenieros por una “sociología científica”, halla estrategias de detección y segregación de núcleos sociales que revistan formas patológicas para el buen funcionamiento del régimen político en curso. En la búsqueda de los diversos núcleos sociales, encuentra una relación proporcional entre las tácticas simuladoras, las razas y el darwinismo social, relación en la que la inmigración, en principio, está bajo sospecha: “Hablando de la simulación como fenómeno general –dice Ingenieros–, encontramos que la *raza* es un factor no indiferente en su determinación” (1956, SL, p. 129), pues hay pueblos más simuladores que otros. En *La simulación de la locura* analiza 24 casos, que al ser distribuidos de acuerdo con el criterio racial encuentra que 20 son europeos, 3 criollos y 1 mulato. Sin embargo, sirviéndose de las estadísticas según nacionalidad, de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, encuentra que de 849 casos de delincuencia, 44 % son argentinos, 31% italianos, 22% españoles, etc. Estos porcentajes los cruza con sus 24 casos, concluyendo con el dictamen de que 47% de los casos de simulación de locura son argentinos (Ingenieros, 1956, SL, pp.129–130). Resulta difícil deducir de ello que la simulación se trate de una estrategia de exclusión dirigida a la inmigración específicamente. Si bien el anarquista representa un ejemplo de “delincuente habitual” –y en este sentido, subyace en Ingenieros el deber de una misión proto–estatal y profiláctica al detectar delincuentes y no locos–, esto no generaliza su punto de vista para con el inmigrante. De hecho, Ingenieros, en el mismo periodo, se oponía a las medidas represivas contra el movimiento anarquista, según lo analizado en el apartado sobre la “cuestión social”.

Si todos los hombres más o menos simulan, ya no se trata de un recurso exclusivo del inmigrante, sino de una cualidad genérica atravesada por la modernización. De lo cual se puede deducir que la simulación no es algo propio de la génesis del inmigrante sino que es producida por el medio, si bien hay una mayor o menor predisposición a simular para adaptarse al medio social. En una nota aclaratoria, Ingenieros cita un verso del poema *Martín Fierro* de José Hernández, en el cual el “engaño” es más típico del gringo –que tiene más discurso y es de *hacerse el loco*– que del gaucho, siempre preso de las injusticias del sistema por falta de astucia o por “honestidad”. Sin embargo, el fin de esta nota no es establecer una discriminación hacia el inmigrante europeo, sino aclarar que la simulación de la locura en la delin-

cuencia es mucho más frecuente en la ciudad que en el campo. Es claro que el proceso de modernización agudiza las formas sociales de simulación y la urbe está más expuesta que el campo a este proceso. Entonces, se puede sugerir que la clave para pensar la situación del inmigrante en Ingenieros, no está en la simulación de la locura sino en la axiología ambivalente de la teoría de la simulación, es decir, como recurso de adaptación en general y como imposición al ambiente, que es el caso específico del *fumista*.

En el prólogo a *La simulación en la lucha por la vida* de 1917, diez años después de escribirla, Ingenieros percibe que el prototipo del simulador se encuentra en el *Ulises* de Homero. Ulises es un viajante cuyo testimonio se mueve en las fronteras de la antigua Grecia. Ulises relata a los griegos qué hay más allá de la frontera: “lo otro” de lo humano, entre lo humano y lo no-humano, entre los sabios admirables y los salvajes temibles y los dioses. Entre estas fronteras ubicaban los griegos a los extranjeros (*xénos*, *hopitas*) y a los bárbaros (*héteros*). Estos personajes fronterizos permitieron a los griegos interrogarse a sí mismos sin perder “el lugar del saber” (Hartog, 1999). Si Ulises es el prototipo del simulador, en el seno de la teoría de la simulación podía encontrarse, por analogía de símbolos, la interrogación por “lo otro” (el inmigrante) como interrogación por “lo propio”. Una interrogación por las fronteras entre “lo normal” y “lo anormal”, por las fronteras de la nación y de la sociedad misma, que no escapa al estatuto de subjetividad de Ingenieros, él mismo inmigrante.

IV. Ciencia, fumismo y condiciones de extranjería

La simulación en la lucha por la vida se desarrollaba naturalmente ante la imposibilidad de armonizar los intereses individuales con el interés colectivo. Es claro que el extranjero necesitaba agudizar sus recursos de adaptación ante un medio que le era extraño, al tiempo que arrastraba, por herencia, el sueño individual de “hacer la América” y volver triunfante a la patria paterna. Pero si el inmigrante, en apariencia, es el más necesitado de simular y disimular en la filogenia de la sociedad argentina, no es el único; para Ingenieros, todos simulan: *meneurs*, caudillos, políticos, mujeres, sacerdotes, inmigrantes, anarquistas, periodistas, escritores, delincuentes, parásitos sociales. Todos comparten las estrategias de simulaciones utilitarias, astutas o serviles. Son los “más”, pero no necesariamente representan a las masas o a las “multitudes”: pueden ser la clase dirigente, los profesionales, los sectores del bajo fondo, etc. Sin lugar a dudas, lo que sí representan es el “espíritu gregario” nietzscheano y, como el “súper hombre” que está fuera de la plaza pública, la figura del *fumista* representa a una minoría que se resiste a las formas sociales de simulación. Pero él también es un simulador, sólo que su simulación no es una forma social de simulación, es decir, un recurso para

adaptarse a su ambiente, sino una *estrategia* de resistencia individual a las formas sociales para *imponerse* a su ambiente. La simulación es una finalidad de su conducta y no un medio, el *fumista* simula por resistencia individual al *grupo* y a la ideología hegemónica de turno. Es un simulador nato, un sujeto estético para el cual “el juego desinteresado es un derroche y revela superioridad” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 94). Para Ingenieros, en la simulación del *fumista* no hay delito, ya que no lo guía el propósito de perjudicar a sus víctimas. Dicho de otro modo, no hay responsabilidad moral o voluntad de perjudicar al prójimo, pues se trata de un juego lúdico que tiene por finalidad reírse de las creencias que alberga el “espíritu gregario”; el *fumista* representa al Zarathustra nietzscheano.

En las formas sociales de la simulación sólo hay “efecto”, porque el individuo finge una semejanza con el medio que no ejecuta; mientras que en las variaciones individuales de la simulación hay “acción”, porque el individuo ejecuta la no semejanza con el medio, produciendo un cambio o modificación en su ambiente. En cierto sentido, se puede decir que las “víctimas” del *fumista* son liberadas de las cadenas gregarias. El *fumista* es exactamente lo contrario de un desgraciado y de un utilitarista. Dice Ingenieros que el “alocado” es aquel que tiene o siente la libertad de decir y hacer, y, en este sentido, es lo contrario del hombre-masa. Al “artista de la simulación” le reporta “grandes satisfacciones intelectuales [...] cuanto más ilustradas e inteligentes sean las víctimas” (1956, SLV, p. 94). Esta idea cuestiona la interpretación de Salessi del uso del “titeo” en Ingenieros, como dispositivo de exclusión de los “diferentes-débiles”, es decir, la burla y el tono peyorativo con el cual los miembros de la elite “criolla” se dirijan a los inmigrantes, por considerarlos el “afuera de la cultura elevada nacional”. Sin embargo, cuando Ingenieros señala que la mayor satisfacción de la fisga consiste en burlarse de las clases más elevadas, podría pensarse en las elites intelectuales del mundo oficial como “víctimas” del *fumista* y no tanto en las clases marginales de la inmigración europea; en una línea de continuidad con el discurso “anti-estatista” y “anti-institucionalista” que compone el universo discursivo de Ingenieros en *La Montaña*.

En *Sociología Argentina*, Ingenieros entiende al caudillo como “el exponente político de la anarquía”, reafirmando que denomina caudillismo “al ejercicio de la autoridad personal con independencia de toda representación de intereses colectivos; anarquía, a la falta de intereses comunes dentro de un mismo agregado político” (Ingenieros, 1957, p. 119). Ingenieros, retomando el libro de Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*, intenta demostrar el proceso evolutivo en la sociedad argentina, de aquello que comprende como amenaza al “ciudadano honesto”. Señala que “aún no figuraban en la literatura política los epítetos de *inmundo*, salvaje y asqueroso, pero ya los enemigos eran execrables criminales y los gobiernos ‘descar-

gaban sobre ellos los golpes de su poder, dada la magnitud de sus crímenes” (Ingenieros, 1957, p. 124). Ahora bien, para Ingenieros el caudillismo comienza a evolucionar a medida que la vida económica del país se organizaba, y para él uno de los mayores problemas en torno a la “cuestión nacional” era la falta de unidad de intereses. De esta manera, de lo colectivo organizado en la creencia de líderes personales, es decir, caudillos, se pasa a las formas de grupo, alimentadas por el individuo egoísta utilitario de las simulaciones mesológicas. Así, “el caudillismo y la anarquía pasan de las formas violentas y musculares a las formas astutas e intelectuales” (Ingenieros, 1957, p. 127).

El *figón* es un producto genuino de la evolución de la lucha por la vida en las sociedades modernas, en las cuales la inmigración es un componente constitutivo central. El *figón*, según Ingenieros, “no simula para adaptarse a las condiciones de la lucha por la vida sino por la tendencia natural, expresión, acaso, de simulaciones utilitarias de sus antepasados, transmitidas hereditariamente como tendencia psicológica” (Ingenieros, 1956, SLV, p. 93). En el paso de las simulaciones utilitarias a las simulaciones fumistas, Ingenieros no solamente comprende que los estados de simulación son dinámicos y evolutivos, sino también que esa capacidad de asimilación y adaptación al medio del inmigrante, deviene tendencia orgánica a la simulación por temperamento. Como interpreta Lisandro Kahan en su artículo “Sociología fumista”, Ingenieros se reconoce como fumista: “se explica a sí mismo como alguien que realiza el pasaje de la simulación mesológica astuta a la simulación temperamental fumista” (Kahan, 2000, p. 133). El fumista es la escala superior en la pirámide social de la simulación; la fumistería es una estrategia de exclusión a toda simulación fraudulenta, y al mismo tiempo permite pensar de manera inclusiva y positiva el ascenso intelectual y moral del inmigrante. En cierto sentido, la fumistería permite interrogar el estatuto de subjetividad en el seno de la sociedad argentina, tanto del inmigrante como del nacional. El fumista, en última instancia, siendo un simulador nato, desenmascara al simulador utilitario. Mientras la simulación utilitaria, como fraude y mentira, supone una verdad oculta, los juegos lúdicos del fumista desenmascaran esa verdad, lo que lo confirma como “el dueño del juego” en un lugar de saber socrático; a la vez que se plantea como resistencia artística individual al espíritu gregario y al conocimiento científico y jurídico, ya que el fumista “construye” un mundo propio por fuera de los cánones sociales. Así, desde la inscripción del fumista, la teoría de la simulación vendría a significar un modo de pensar la libertad del hombre en un medio social de alineación, lo cual implica, en cierto sentido, problematizar la propia identidad en tanto estatuto de subjetividad. Esto recuerda la filosofía del “como si” de Hans Vaihinger, tomada a su vez del pensamiento positivista de Lange: la verdad es el grado de adaptabilidad que confiere una representación; ni

verdadero ni falso, sino que más bien ficciones que tienen éxito. Lo cual conduce a plantear toda la metafísica como una ilusión y supone una crítica neokantiana al trascendentalismo. Este “positivismo”, lejos de acabar con la interrogación sobre el estatuto de subjetividad, refuerza la necesidad de esta interrogación que, sin salirse de la antropología de poder platónica y conviviendo con el darwinismo social, genera las condiciones de posibilidad para transformar los postulados de la razón práctica en el juego del creer y descreer en nosotros.

¿Se puede pensar la teoría de la simulación de Ingenieros a partir del fumista, como una teoría de exilio interno *para* inmigrantes? ¿Se puede pensar el *fumismo* como la resistencia del inmigrante a la asimilación de la sociedad criolla? De tener algún valor de verdad esta lectura de Ingenieros, la resistencia individual no se mediría en términos inmigrante–nacional, sino en términos de “condición humana”. La utopía de Ingenieros a partir de la aplicación del concepto evolucionista de filogenia es la tendencia de la sociedad al socialismo, expresado en el sentimiento de solidaridad social hasta la desaparición de la simulación utilitaria: “en futuras transformaciones sociales se equipararán todos los individuos ante las condiciones de lucha por la vida, para alcanzar el desenvolvimiento máximo de su propia individualidad” (1956, SLV, p. 12). Un desenvolvimiento máximo que terminaría con la pirámide social de la simulación, en cuyo vértice se encuentra el fumista, posiblemente porque “todos” serán fumistas. Con la teoría de la simulación Ingenieros parece desdibujar la diferencia entre nativos y extranjeros, pues no habría una *verdad* identitaria por debajo de la ficción. Ahora bien, esta apreciación, paradójicamente, es puesta en tela de juicio por el mismo Ingenieros cuando apunta que “conviene reconocer que muchas veces hay un fondo sincero en lo que se simula: el sólo hecho de querer fingir algo significa que el individuo estima o desearía poseer la cualidad simulada” (1956, SLV, p. 101). Entonces, en la voluntad se desdibujan las fronteras entre ficción y verdad; hay tal determinismo del individuo hacia la mentira⁹ y el fraude como hacia la verdad de querer ser aquello que se representa. Si tras el mundo de las apariencias hay verdad, ya no hablamos de apariencias o

⁹Es de aclarar que el pensador establece una diferenciación entre la *mentira* como finalidad en sí misma (juego lúdico) o como medio para un fin utilitario. La misma distinción entre mentiras inútiles o ficciones vacías y mentiras útiles la establece Nietzsche.

entraríamos en el juego de pensar una “metafísica de las apariencias”, es decir, que las apariencias toman existencia como “verdad”, con lo cual tiraríamos por la borda toda la teoría de la simulación que se basa en la mentira y el fraude. También se puede pensar la figura del fumista como sujeto lúdico que inventa su propia “ficción reguladora” para comunicarse e imponerse en el mundo social o, mejor dicho, al “espíritu gregario” a modo de resistencia individual.

V. El extranjero y la superioridad de la raza blanca

En la compilación de textos que lleva por título *Sociología Argentina*, Ingenieros expresa su visión del problema inmigratorio y su valoración positiva de la inmigración europea de fines del siglo XIX, que se relaciona con la teoría biológica de la superioridad de la raza blanca y un determinismo económico de la evolución social. La unión de ambos principios “antitéticos” expresa una síntesis que Raúl Orgaz ha dado en llamar *bioeconomicismo* (Terán, 1986), que consiste en la asimilación de los principios económicos a los biológicos. A partir de este principio, Ingenieros realizará una interpretación económica de la evolución política argentina, en la primera parte de *La evolución sociológica argentina*, que recoge estudios escritos entre 1897 y 1906–1908.

En el prefacio, Ingenieros señala que: “La ‘humanidad’ es una especie biológica que vive sobre la superficie de la tierra, luchando por la vida con infinitas especies vivientes y evolucionando según las leyes que la sociología general procura conocer” (Ingenieros, 1957, p. 11). Esta concepción de la sociología se inscribe dentro del llamado darwinismo social, en el que los conceptos *lucha por la vida* y *supervivencia del más apto* se aplican a la teoría de la evolución de las sociedades. Como la superficie de la tierra no es homogénea, se perciben desigualdades en la especie humana, resultantes de las diferentes condiciones de adaptación al medio, que luego se reflejarán en las instituciones y creencias colectivas. Estas causas naturales determinan las desigualdades y la lucha entre las razas, de la misma manera que la diversidad de las condiciones económicas determina la formación de agregados políticos y la división del trabajo al interior de cada agregado: la lucha de clases. De esta manera, Ingenieros engloba el marxismo al interior del darwinismo social (Onega, 1982).

La creencia de Ingenieros en la mejor adaptación de la raza blanca a las zonas templadas, como la Argentina, así como la influencia positiva del inmigrante en la formación de los factores distintivos de la nacionalidad, las desarrolla en el estudio de la formación sociológica argentina. La superioridad de la raza blanca lo lleva a tener una mirada favorable del inmigrante europeo como factor de “expurgo racial” del elemento mestizo:

La formación de la nacionalidad argentina –y de todos los países americanos, primitivamente poblados por razas de color– es en su origen un simple episodio de la lucha de razas; en la historia de la humanidad, podría figurar en el capítulo que estudiará la expansión de la raza blanca, su adaptación a nuevos ambientes naturales y la progresiva preponderancia de su civilización donde esa adaptación ha sido posible (1957, p. 26).

Para Ingenieros, la “europeización” de los países americanos se produce independientemente de las voluntades, pues es un hecho inevitable de las zonas templadas. En esta línea de interpretación de la evolución de la sociedad argentina, mientras el papel de la inmigración “conquistadora” española consistió en el desalojo de las razas indígenas de color por las razas blancas europeas y, en términos económicos, éstas se resolvieron en la constitución de oligarquías feudales, la inmigración “colonizadora” europea del segundo período consolidó la expansión de la raza blanca, al tiempo que como clase trabajadora marca la evolución del feudalismo hacia el régimen capitalista. Se puede decir que en la lectura de Ingenieros, la inmigración europea es determinante para el proceso de formación de la nacionalidad argentina:

Un ‘sentimiento nacional’ se forma y define poco a poco en las clases más ilustradas, refundiéndose en él los antiguos ‘sentimientos localistas’ de la época feudal. Esa unificación mental de los descendientes de la antigua inmigración conquistadora coincide con un fenómeno paralelo, aunque más importante numéricamente, fácil de observar en los nuevos descendientes de la nueva inmigración colonizadora, que son ardientemente argentinos y asimilan rápidamente los rasgos de la mentalidad nacional.

Las tendencias dominantes en la educación, más acentuadas recientemente, concurren a formar el ‘sentimiento nacional’ en la inmensa masa de nuevos ciudadanos incorporados al país después de la segunda colonización. Ellos constituyen una democracia nueva que va penetrando y desalojando a las viejas oligarquías residuales de la inmigración colonial.

El sentimiento de la nacionalidad se afirma con igual energía en las grandes inmigraciones superpuestas de la nación (1957, p. 54).

Extranjero significa aquí el aporte de brazos productivos al sistema capitalista, la mitigación de la inferioridad étnica aborígen y la posible fuente de virtud cívica, que constituye la base de legitimación de la “nueva democracia”, produciendo la unidad de espíritu y de ideales necesarios a la nacionalidad. Lejos de incluir en sus intersticios el fantasma de la simulación, la valoración positiva del inmigrante como sujeto social, político y racial muestra la “mirada inmigrante” de Ingenieros, interesada en las cosas nacionales. La afirmación de la superioridad de la cultura europea y la raza blanca, no hace más que desdeñar un pasado de barbarie, reconociéndose heredero de una historia de las ideas argentina¹⁰. Ingenieros piensa los males que aquejan la nación a partir del fraude de hoy y la discordia intestina del pasado. En ese

sentido, la asimilación del extranjero al cuerpo social y político constituye la bisagra de la salud nacional:

Los nuevos argentinos de sangre europea que se incorporen a la nacionalidad se inclinarán a una política liberal-radical. Desde este punto de vista la inmigración europea, después de haber contribuido con sus brazos a desenvolver las fuerzas económicas del país, contribuirá con sus hijos al saneamiento de la política nacional (1957, p. 53).

En el capítulo que dedica a las ideas sociológicas de Sarmiento, Ingenieros articula el régimen político de la democracia con la raza y la educación. Concibe la democracia como un ideal político superior que exige cierta elevación intelectual y moral del pueblo, siendo la democracia y la libertad ficciones mientras existan masas indígenas incultas o mestizas semicultas. Nuevamente el elemento principal de orden y moralización es la inmigración europea. Si bien nuestro análisis se cierra hacia la época del Centenario, resulta pertinente señalar que en su trabajo “La formación de una raza argentina”, de 1915, la formación de la nacionalidad ya no será un accidente que carezca de finalidad, como planteara en *La simulación en la lucha por la vida*, sino que reconoce la existencia de una *nacionalidad natural* y adjudica a la “mezcla de razas” la pervivencia de los elementos negativos de la barbarie originaria. Asimismo, sigue prevaleciendo la variedad blanca europea localizada en las urbes, como promotora de la emancipación política y de la formación de la nacionalidad argentina, en consonancia con la distinción de Sarmiento en la antinomia “civilización y barbarie”, para concluir que el inmigrante representa las dos fuerzas sociales, trabajo y cultura, que concurren a la formación de la nueva raza argentina.

A modo de conclusión

Para Ingenieros, los fenómenos sociales no pueden pensarse como fenómenos biológicos, y si bien la formación del carácter de los hombres estaba, en cierto modo, determinada por su adaptación al medio, no todo dependía de la herencia (capacidades innatas) y de la adaptación. Había un porcentaje importante de valores adquiridos proporcionados por el medio social y políti-

¹⁰ La superioridad de la raza caucásica la habían expresado Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Facundo Sarmiento, como hace notar Ingenieros en *Sociología Argentina*.


co, que dependía de la evolución de los factores económicos. Esta perspectiva sociológica de Ingenieros, se plasmaba como una crítica al apriorismo trascendental del romanticismo y, en última instancia, a las condiciones de posibilidad de un *todo homogéneo* en la conformación de un *ideal informado* por la naturaleza. En *La simulación en la lucha por la vida*, Ingenieros comenta que:

Estudiando la evolución de los grupos sociales se ve que frente al principio de antagonismo, encarnado aisladamente en la conocida máxima de Hobbes, aparece y se desarrolla progresivamente otro principio compensador, el principio de la solidaridad social, fundado en la utilidad de la asociación para la lucha por la vida (1956, SLV, p. 126).

Estas asociaciones tienen sus análogos en el reino vegetal y animal. Pero, aclara, no se trata de un *fiat* misterioso que interviene para modificar el curso de la especie humana, pues el estado normal del hombre es la vida en sociedad, siendo el paso de lo biológico a lo psicológico lo que determina en la evolución social, tanto la disminución de la violencia como del fraude (simulación), hacia un solidarismo ético.

La simulación como acción, y no como efecto, la fumistería, era una forma de resistencia individual tanto a la multitud como a los valores heredados del medio. La preponderancia de los valores adquiridos sobre los valores heredados, si bien podría pensarse que debilita la argumentación de la superioridad de la raza blanca, muy por el contrario, la refuerza, al tiempo que la introduce dramáticamente en la historia intelectual de Occidente.

La teoría de la simulación es central para pensar el tenor de ese dramatismo, al tiempo que es la condición que permite percibir al inmigrante como base de la “nacionalidad natural”, en desmedro del elemento mestizo nativo. Ingenieros veía en el inmigrante “europeo y de raza blanca”: el *ciudadano* de la “nueva democracia”, el desalojo de las viejas oligarquías residuales y la fumistería a las clases criollas tradicionales, asociada a la desidia a la tutela del grupo a la que está tan dispuesta la masa inculta y oportunista, proclive a todo tipo de despotismos. No obstante, cuando Ingenieros plantea el problema de la representatividad de la “turba” o la masa inculta y oportunista, el extranjero y el nacional se confunden al interior de la categoría de los simuladores mesológicos, en los cuales predomina el servilismo y no la astucia. O, mejor dicho, en este caso, la astucia, en tanto que afán de dominio y búsqueda de un beneficio propio en el perjuicio ajeno (fraude), lleva a la condición de servilismo y, en consecuencia, a los mayores despotismos. Como señala en *El hombre mediocre*, los mediocres son “juguetes, siempre, de ajenas voluntades” (Ingenieros, 2003, p. 165). La teoría de la simulación desdibuja las fronteras entre nacionales y extranjeros, al tiempo que establece una nueva frontera o escisión de la sociedad entre las masas o el pueblo ignorante y una elite cultural en la que predomina la acción del fumista como ac-

ción transformadora del medio utilitarista y despótico. A su vez, esta escisión se combina, de manera contradictoria, con la utopía de una sociedad sin simuladores ni desigualdades sociales, solidaria de la teoría marxista 

Bibliografía

Fuentes primarias

Ingenieros, José (1956) “La simulación en la lucha por la vida” (SLV). En: *Obras completas*. Vol. 1. Buenos Aires, Elmer.

_____ (1956) “La simulación de la locura” (SL). En: *Obras completas*. Vol. 2. Buenos Aires, Elmer.

_____ (1957) “Sociología Argentina”. En: *Obras completas*. Volumen 8. Buenos Aires, Elmer.

_____ (2003) *El Hombre Mediocre*. Buenos Aires, Libertador.

Ingenieros, José y Lugones, Leopoldo (1998) *La Montaña, Periódico socialista revolucionario -1897-*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Bibliografía general

Agosti, Héctor P. (1975) *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*. Buenos Aires, Juárez.

Bagu, Sergio (1936) *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Buenos Aires, Claridad.

Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel (1997) *De la Republica posible a la Republica verdadera (1880-1910)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino, Volumen III. Buenos Aires, Ariel.

Debates parlamentarios de las Leyes de Residencia (1902-1904) y de Defensa Social (1910). Diario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación Argentina.

Díaz Araujo, Enrique (1981) “Ingenieros fumista”. En: *Todo es Historia* N° 169, Buenos Aires.

_____ (1978) “José Ingenieros y la evolución de las ideas alberdianas”. En: *Nuestra Historia* Año 11, N° 21 y 22. Buenos Aires.

Dotti, Jorge (1990) “Las hermanas enemigas, Ciencia y Ética en el positivismo del centenario”. En: *Las vetas del texto*. Buenos Aires, Puntosur.

Falcón, Ricardo (1985) “Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros”. En: *Anuario. Escuela de Historia* N° 11, Rosario.

Ferrás, Graciela (2003) “La figura del extranjero en el proyecto político-cultural de las elites”. En: Villavicencio, Susana (editora) *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*. Buenos Aires, Eudeba, pp.131–152.

_____ (2000) “La tentación de la sociología. Diálogos entre Miguel Cané y Ernesto Quesada”. En: González, Horacio (compilador) *Cien años de sociología argentina*. Buenos Aires, Colihue.

_____ (2005) “José Ingenieros: citador del célebre texto de Etienne de La Boétie”. En: *La Biblioteca* N° 2–3, Buenos Aires.

Gálvez, Manuel (1944) *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud 1900–1910*. Buenos Aires, Guillermo Kraft.

González, Horacio (1999) *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Colihue.

Hartog, François (1999) *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Kahan, Lisandro (2000) “Sociología fumista”. En: González, Horacio (compilador) *Cien años de sociología argentina*. Buenos Aires, Colihue.

Ludmer, Josefina (1999) *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires, Libros Perfil.

Mari, Enrique E. (1981) “José Ingenieros. El alienista, su loco y el delito”. En: *Todo es Historia* N° 173. Buenos Aires.

Nietzsche, Friedrich (1998) *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid, Tecnos.

Onega, Gladys (1982) *La inmigración en la literatura argentina (1880–1910)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Salessi, Jorge (1995) *médicos, maleantes y maricas*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo.

Sarmiento, Domingo F. (1928) *La condición del extranjero en América*. Buenos Aires, Librería la Facultad.

Terán, Oscar (1986) *José Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires, Alianza.

_____ (1987) *Positivismo y nación en la Argentina*. Montevideo, Puntosur.

_____ (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880–1910). Derivas de la “cultura científica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Vaihinger, Hans (1998) *La voluntad de ilusión en Nietzsche*. Madrid, Tecnos.

Vermeren, Patrice y Villavicencio, Susana (1997) “L’homme médiocre. Le psychiatre positiviste, la simulation de la folie et la constitution de la citoyenneté par la science et

l'éducation en Argentine au début du vingtième siècle". En: *Le Télémaque* N° 11-12, mai. Paris.

Vezzetti, Hugo (1985) *La locura en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.

Villavicencio, Susana (2001) "José Ingenieros y el imaginario positivista de la ciudadanía". En: Quiroga, Hugo; Villavicencio, Susana y Vermeren, Patrice (compiladores), *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*. Rosario, HomoSapiens, pp.108-123.

Villavicencio, Susana (ed.) (2003) *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*. Buenos Aires, Eudeba.

Zimmermann, Eduardo (1995) *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina 1890-1916*. Buenos Aires, Sudamericana - Universidad de San Andrés.

_____ (1992) "Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916". En: *Desarrollo Económico* Vol. 31, N° 124, enero-marzo. Buenos Aires.